Guillermo Díaz-Plaja
De la Real Academia Española

Conciencia del otoño

ARBOLE
21

Vuelve a asomarse Guillermo Díaz-Plaja —de la Real Academia Española— hacia los territorios de la poesía. No es que haya dejado nunca cerrada la ventana, ni olvidado, entre su asombroso quehacer profesorol y crítico, su mester lírico, su efusión entrañable para conseguir la comunicación que todo poeta pretende lograr. Guillermo Díaz-Plaja es, ante todo, poeta. Porque un erudito y un profesor lo puede ser todo el que, como él, dedique su vida enteramente al estudio y la meditación; pero la posibilidad de convertir en materia de belleza todo aquello que tiene su asiento entre los entresijos del espíritu, todo aquello que conforma la historia espiritual de la vida de cada uno, es sólo privilegio del que Guillermo Díaz-Plaja ha dado testimonio siempre a través de su excepcional obra poética.

«Conciencia del otoño» viene a enlazarse con su juvenil «Vacación de Estío». En este libro de hoy la navegación del poeta es hacia dentro, hacia la intimidad, en la vertiente más creadora y melancólica de su existencia. De los quince volúmenes de poesía que ha publicado —reunidos conjuntamente en el libro «Poesía en treinta años»—, «Conciencia del otoño» además de ser una continuación que da fe de la vigencia lírica de Díaz-Plaja es, seguramente, su mejor libro poético.

L. L. A.

ARBOLE

Colección de Libros de Poesía

Libros publicados

N.° 1.—**José Luis Tejada:** EL CADAVER DEL ALBA.

N.° 2.—**José Luis Prado Nogueira:** LA RANA.

N.° 3.—**Pedro Miguel Lamet:** EL TEMPLO DE LA SORPRESA.

N.° 4.—**Manuel Ríos Ruiz:** DOLOR DE SUR. «Premio Bécquer».

CONCIENCIA DEL OTOÑO

ZAMORANO

GUILLERMO DIAZ-PLAJA
De la Real Academia Española

CONCIENCIA DEL OTOÑO

21
ARBOLE
EDITORIAL ORIENS
MADRID, 1975

Viñeta de la cubierta de RAFAEL ALVAREZ ORTEGA

© GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

Es propiedad del autor · Reservados todos los derechos

GRAFINTER · San Romualdo, s/n. Edificio Astygi, planta 7.ª · MADRID-17

Dep. legal: M. 18.042-1975 · I.S.B.N. 84-7289-028-7

A
Conchita, mi hija mayor, hiladora de la continuidad filial y fraterna.

CONCIENCIA DEL OTOÑO

I

ESTE que estás aquí, que eres tú mismo,
curva la espalda en el antiguo gesto
de servidumbre, trémulo, tatuando
la nieve, con tu pluma esquiadora,
papel que es, a la vez, ventana, espejo,
donde Narciso eres, impaciente,
en la tenaz pesquisa de tu imagen;

éste que estás aquí, en tus viejas páginas,
donde tú mismo en ti te reconoces
como una sombra pálida, como un
difuso espectro irreversible...

Tu mano joven dibujó estas letras,
y ésta fue la tenaz caligrafía
con que diste perfil al pensamiento,
¿o era, quizá, distinta criatura?

Velocísima sangre, ¿a qué horizonte,

a qué cenit, a qué verdad navegas?
Sucesor de ti mismo, ¿dónde yace
la arquitectura de la carne aquella
que se encendía como un sol creciente?

II

Volvamos a la noche, a la tiniebla,
¿lo habías olvidado? Tercamente
nos tenemos en vilo, hacia la aurora
que cada vez se aleja, hacia el ocaso...

Tercamente. Si no, ¿vivir valdría
la pena? Caminamos, seguimos,
caminamos. ¿Quiénes son estos
que hacen la ruta a nuestro lado?

¿Ciegos en sombra? ¿Sordos en lo oscuro
silencioso del hondísimo cráter
del no, del nada, del sombrío, incierto
destino, solitario sin remedio?

Explicadme. Decidme. Y no
preguntaré nunca más cosa alguna.
Pero...

Horizontes, galaxias, nubes,
una flor desmayada, un triste pájaro,
la noción del crepúsculo, el abismo...

III

El juego ha terminado. «No va más.»
Los dados han rodado sobre el césped
junto al astro infantil de la ruleta,
agotadas las cartas,
oros, copas, espadas,
bastos. «No va más.»

No va más.
Deteneos. Mirad. No tengo
de qué quejarme...

La existencia
benigna en torno mío está. Veo,
desde el balcón de mi despacho el parque
lleno de niños. Una vasta
geografía de libros me limita
y me empuja al ensueño.

Voz amiga,
entrañable, me acompaña. Siento en mí
la plenitud del árbol florecido,
la frondosa verdad de las raíces
y de los frutos. No tengo
de qué quejarme...

La jornada
me ha deparado la gozosa

posesión de los mapas, y ese gajo
de alegría, sabiendo que las gentes
conocen algún eco de palabras
que dije, que escribí, tal como ahora,
curva la espalda, en el antiguo gesto
de servidumbre, trémulo, tatuando
la nieve con mi pluma esquiadora.

IV

Este soy. Ya irremediablemente,
fijo en este sepulcro de mil páginas,
donde se archiva un sueño de existencia.
Pude ser de otro modo; pero yo he sido así.
A cada línea añadiría un trémolo
que marcase otro rumbo; otra saeta
hacia blancos más altos; otra espiga,
de más grávido fruto; otra mirada
de ambición más altiva; otra voz
de más redonda claridad ornada.

Pero éste soy yo, conciencia de mi límite,
irreversiblemente confinado
en la verdad desnuda de mi alma.

Tomadme como he sido.

V

«Les sanglots longs
des violons
de l'automne»,
viejo Verlaine amigo,
quiebran mi corazón.

Sí. Son los sollozantes violines de niebla
que gimen bajo el éxtasis de los árboles mustios
que me traen aquella adolescencia antigua,
cuando París era una flor o un dulce pájaro...

Hay un vino que enciende burbujas de silencio,
goteando en las frondas del tiempo desmayado.

Ser otoño es no ser nunca jamás estío,
mirar la primavera como un astro remoto,
estar seguro de que es irreversible
la ruta que termina, duramente trazada
por el tatuaje de los hechos exactos.

Ya no tiene remedio, ni es posible pintar
las flores del recuerdo con colores distintos;
nuestra piel nos enseña en trazos indelebles:
fuimos así, de modo irremediable.

El proyecto de ser cristalizó en figuras
de implacable y mortal dureza geométrica.

Bueno o malo, el dibujo está ya hecho;
tomadme como soy.

Como debo haber sido.

VENTANA SOBRE EL PARQUE

Y yo me iré, y se quedarán los pájaros,
cantando.

J. R. J.

ALGUNA vez he dicho cómo, venturoso de mí,
un parque me florece en la ventana pródiga
del lugar donde vierto mi voz y mi palabra.
Alguna vez he escrito el giro de las plantas,
la sucesión perfecta de inviernos y de estíos,
el almanaque exacto de la rosa,
el calendario de las ramas de los árboles
puntuales en vestirse y desnudarse,
en el infatigable carnaval del año,
—un disfraz cada una de las cuatro estaciones—
como un gran aparato de relojería
que se mueve bajo los cielos también cambiantes
—añiles, blancos, grises, plomos, perla—
sobre la escena de mi parque antiguo.

Hay, también, una girándula de sonidos:
pájaros que se saben todas las partituras,
niños que juegan bajo cielos clementes,
breves ladridos de perritos domésticos,

y, en los domingos, las voces roncas de un titiritero
que grita el pasmo del polichinela.

Y hay también un tiovivo de silencios,
bajo la rama en sombra del parque ya cerrado.

* * *

Yo lego todo esto —colores y sonidos—
a ese mortal que habrá de sucederme un día
asomado al cristal de mi misma ventana.

RUEDA DENTADA DEL TIEMPO...

RUEDA dentada del tiempo,
¡cómo muerdes mi silencio!

Reloj de sombra y de luz,
pájaro de mi misterio,
corazón cuyo tic-tac
empuja sangre a mi cuerpo;
péndulo de la verdad,
racha de viento, violento,
que has derribado los árboles
que tenía en mi recuerdo.

Minuto de luz, aurora
boreal, pálido incendio,
hoguera de hojas caídas
en otoños cenicientos.

¿No hay quien pare el artilugio?
¿Se han roto todos los frenos?

Rueda dentada, trituras
mi cobrizo pensamiento.

Las avenidas de octubre
se cubren de oros inciertos,
se oyen con algarabía
los chillidos de mis nietos,
émbolos que, sin descanso,
empujan mi propio espectro.

No, no; está claro que no:
esto no tiene remedio.

ESTOY DESNUDO FRENTE AL MAR

com era nua la mar...
Xenius

ESTOY desnudo frente al mar. Desnudo
como el mar. Septiembre orea
sus ámbares en flor sobre el poniente
que se desmaya en ola, en infinito,
como un cansado corazón, durmiéndose
sobre la almohada rubia de la playa.

El mar y yo —y mi corazón— desnudos,
sin trampa, ni cartón, diciéndonos
las palabras finales, las palabras
que sólo entienden los amantes, cuando
después de la fatiga del amor se encienden
las luces de la voz en la penumbra.

Y es más fuerte el silencio que la voz
porque así el corazón da su latido
y el mar su dulce palpitar de ola
y no hace falta hablar, porque sabemos
el mar y yo, que por el pie descalzo

sube un grito de espuma hasta las ingles,
hasta el torso, hasta el cuello, en un abrazo
que ha de romperse cuando el mar se cae
estrellado en la arena de la playa.

Pero el silencio es fuerte y es vibrante,
sobre el desnudo de ambos, amoroso
enlace de la ola y del espíritu,
boda que muestra espumas de azahar
sobre la lenta majestad del agua.

Y el mar y yo sabemos que es así.

LOS BOSQUES DEL OTOÑO

QUISIERA deciros, hoy, el triunfo mortal de los
[amarillos
la sinfonía de cobres que conduce a la nada,
cuando cuelga de cada árbol una bandera de fuego,
que se desprende de las ramas, para ser alfombra
[chirriante.

Me acuerdo ahora —¿por qué?— de los inmensos
[bosques
de América del Norte, y sus teatros de llama,
de sus cobres de incendio y de las avenidas de som-
[bra
que se descuelgan en la esmeralda de los lagos.

Hay oros de brillos diferentes, pero la muerte está
[debajo,
con verdad que no apagan los colores que encubren
la frialdad terrible de las joyas y de las monedas
la helada condición de anuncio de la muerte.

Desde mi parque, donde juegan los niños, con-
[templo
un llamear de árboles, rescoldos del estío,
ya banderas de otoño, ya mortal profecía,
ya cadáver de flor, que cubrirá la nieve.

Amarillos de sombra, dulces banderas pálidas
rotación impasible de la fruta y la muerte,
mi ventana se abre sobre el triste paisaje
que nos dice, implacable: envejecemos.

EL POETA HA CUMPLIDO SESENTA AÑOS

Y sin embargo, esta dulzura,
, esta noción de plenitud,
este equilibrio y esta hondura
no los gocé en mi juventud.

A plena luz va mi vacío
cuatro horizontes a surcar,
me siento en paz, soy todo mío,
aún soy capaz de navegar,

pero la quilla lleva el plomo
de los estíos fugitivos
y los secretos vibran como
nuevos caminos redivivos.

Velas de luz cantan reflejos
de los ocasos que no están,
ya los ayeres quedan lejos
y los mañanas llegarán

un poco más cada jornada
adelgazado el horizonte
¿se hace más débil la mirada?,
¿escalaré el nivel del monte?

Pero el camino ya está hecho,
¿no pudo ser de otra manera?
¿Un corazón dentro del pecho,
con otro ritmo me latiera?

Ya está cumplida mi tarea,
mi autorretrato terminado,
la arquitectura de mi idea,
lo que yo había deseado,

y, sin embargo, corazón,
lo más hermoso era la espera,
cuando sentía adentro el son
que me entreabría la frontera,

cuando era todo porvenir,
interrogando mi destino.
Cuando quería consumir
todos los hitos del camino...

Todo es igual. Todo es ayer.
Todo es mañana y es hoy mismo.
Desde los fondos de mi ser
clamo, Señor, desde el abismo.

SIEMPRE, TODAVIA

GRACIAS, Señor, por esta cosa mínima
que consiste en abrir, cada mañana,
los ojos a la luz de la existencia.
A Ti te basta con decir: prosigue.
Y entonces, lentamente, desde el fondo
de luz esmerilada donde yazgo
—¡oh, turbio mar de algas de los sueños!—
voy emergiendo a prolongar la vida,
el goce cotidiano de las cosas.
Estoy horizontal, vertical nazco
de nuevo a proseguir; tuve los párpados
cerrados, y ahora la pupila está avizora;
la pesadilla dibujaba monstruos,
y ahora está la mente razonando.
Espera, junto al lecho, la costumbre:
las prendas de vestir y de calzarme,
el baño que me envuelve en agua tibia,
el agua de colonia, que refresca
la frente, todavía adormecida.

El espejo que muestra mi otro yo,
confuso, vacilante, sorprendido,
inaugurando el gesto cotidiano
de envejecer mi barba con la espuma
y hacer nacer un rostro rasurado,
joven, feliz de verse prosiguiendo
la noble pesadumbre de la vida.

Gracias, Señor, por no olvidarte
de permitir que siga en tu recuerdo.
Porque quieres que ensaye todavía
otra vez, torpemente mi designio
de intentar reflejar en mi palabra
el asombro gozoso de existir.
Cada rincón del rostro que contemplo
en el cristal perfecto del azogue
es como una lección de geografía
de mi vivir, entorno de mis sueños.
La piel dibuja surcos de memorias,
la tenacísima ilusión del alma,
el gusto cotidiano de mis cosas
—mi casa, mi despacho, mis papeles—
y esa agridulce, poco comprendida
verdad, que envuelve junto con nosotros
los seres que han nacido en nuestra casa,
que son el corazón y la costumbre,
ese contorno de verdad tranquila
que gozo, en la mañana, cuando dices
sencillamente: «Sigue.»

EN UNA EXPOSICION DE MANUEL VIOLA

TODAS las ventanas dan hacia los estallidos
donde crujen las formas en las espirales
concéntricas que nos arrastran a los abismos.

Todas las hélices giran furiosamente
hacia los pozos de las negruras últimas
hacia los infiernos donde crepita el vértigo.

Todas las llameantes, ígneas iluminarias
proyectan sus carmines, taladrando
la oscura noche cerrada de la Muerte.

Todos los amarillos gritan, retorciéndose,
inventando relámpagos de ira
que se destrozan a sí mismos, suicidándose.

Todos los vientos levantan lava de los cráteres
donde las lunas vacían sus vientres de hielo
y desatan los carbúnculos exterminadores.

Todas las cóleras disparan sus azufres
para azotar con fuertes oleajes
las playas últimas de los desiertos.

Todos los relámpagos cantan al unísono
el miserere de lo irremediable,
la fogata final de la existencia.

Todos los azules congelados de luna
acuchillan los horizontes desmayados
sobre los que se cierra el ébano de la noche.

Todos los verdes se hacen esmerilados
en los fondos oceánicos donde los peces han muerto
bajo el peso de los naufragios.

Todo lo que se mueve queda atónito,
paralizado por la voz de mando
de ese pincel que gobierna y domina
tanta energía cósmica congelada en un gesto
cuando todas las crispaciones del mundo.
se hacen luz y color de hermosura.

CANTO DE MUERTE EN LENINGRADO

A Elsa Braguinskaja

LLEVO mi muerte a cuestas. Se me ahínca
la sombra de mi muerte en el costado.
Conciencia del otoño, fabricada
de ausencias de amargura irremediable.
Supervivientes somos de un inmenso
ejército en derrota por el tiempo.
Hemos visto la muerte como un chorro
letal en torno nuestro. Hemos vivido
jornadas de metralla y sufrimiento
y hemos dejado rostros entrañables
en el barco común de las trincheras.
Lloramos huesos que se han vuelto polvo
en Belchite, en el Ebro, en las cañadas
del espanto y del crimen. Recorremos
Europa, cementerio interminable,
Auschwitz, Omaha Beach. En Leningrado.
No hay flores suficientes en el mundo
para cubrir tanta carroña inútil.
Las primaveras fingen alegría,

pero bajo la tierra hay un atónito
mirar de calaveras sin pupilas.
Memorial de muertes, no hay ya números
para contar la estúpida matanza.

Aquí yo, en Leningrado. El cuadernito
de la niña que anota las ausencias
que agranda la feroz artillería:
«Ya está sola Tatiana»; así es la última
conciencia de su infancia ensangrentada.
Recorro el cementerio, campo inmerso
de muertos, bajo bronces memoriosos...
Siento remordimiento de estar vivo.
¿Por qué estos uniformes mutilados
fueron condecorados por la muerte?
Tenían, como yo, derecho a ser,
a vivir, a cantar, a ser queridos.
¿Qué tremenda señal cayó del cielo
que hirió su corazón y lo hizo inmóvil
después de agarrotarlo con la nieve,
el espanto, el dolor, el hambre, el crimen?
No tenemos derecho, no es posible
caminar bajo el sol, entre las flores,
sobre la podredumbre de estas muertes.
Una música canta oscuridades,
la soterrada voz de los difuntos.
Llevamos la ceniza del recuerdo,
la dolorida imagen del hermano,
la patética sombra de sus sangres
tatuando las almas.

No es posible
que aquí, donde ahora estallan los colores,
reventaran las bombas del espanto
sobre niños nacidos a la muerte.

No, no es posible. ¿Habría, entonces
—en este mes de junio—, primavera?
¿El clavel florecía bajo el látigo
de los tanques? ¿Lucía el sol,
mientras la muerte atenazaba garfios
en la carne infeliz de las muchachas?

En los sótanos tristes, ¿no hubo un canto
que sintiese el naciente albor del día?
¿Nunca se oyó la música del aire
en los enfebrecidos plenilunios
pidiendo treguas al dolor y al crimen?
¿Y hubo nieve bastante en los inviernos
para poner blancura sobre el rojo
de tanta sangre que manaba inútil?
Medio millón de muertos, ¿son abono
bastante para un mundo de flor roja?

* * *

Mi conciencia de otoño, como un ámbar
triste de turbios oros, me acompaña.
Soy, he sido, varón superviviente
de una historia de espanto y de tristeza,

europeo del sur, desde mis soles,
llego a la plata antigua de tus cúpulas,
a tus palacios que graciosamente
sueñan con geometrías italianas.
A tu Neva, que se abre como un sexo,
a tus bosques de pinos y abedules,
para decirte mi dolor antiguo.

Soldado involuntario yo también,
sentí los estallidos de la cólera.
También allí como la sangre, el fuego,
también somos convictos de tragedia;
también llevamos en el alma antigua
imágenes de amigos que se han muerto,
la vergüenza de ser supervivientes
de una generación que no ha evitado
el dolor de la muerte y de la sangre.

Y veo ahora, en la mirada clara,
en la ternura eslava de estas gentes,
manos que encajan en la mano mía
y que se dicen muda y claramente
nunca más, nunca más, nunca más, ¡nunca!

CANTATA PARA DOS VOCES

Los pálidos y lentos caballos de la niebla
fluyen en el silencio de la noche tranquila,
se alzan en vilo; suben a las estrellas hondas
y se desflecan en galaxias sin número...

... (¿ha llegado Ana Mari? Afuera llueve;
se oyen golpes del viento en las persianas.
¿Qué hora es?)

... las mariposas múltiples
del crepúsculo, color violeta intenso,
cantan el tema del óboe que gime
en el «Anónimo veneciano». Altísimas
venecias se mecen como sus propias góndolas
en aquel fondo donde
la isla de San Giorgio esplende...

(Ayer nos hemos acostado muy tarde. Estábamos
cansados. Esperábamos no sé qué. Nos moríamos
de sueño)

... hay una lenta espiral que asciende
sobre las cosas, como una enorme, interminable
interrogación ¿entiendes?

hoy, en el avión,
venía Rafaelito García. ¿Es posible que no te acuer-
[des
de él? Me dio muchos saludos...

... el avión de la
tarde se entra en el crepúsculo incendiado
de su propia hermosura. Son mis crepúsculos
de Madrid los que veo desde mi balcón de Rosales,
los que inventan horizontes de jade, lejanías de oro,
sobre el verdor inmenso de la Casa de Campo,
asediada ya por los paralelípedos del suburbio...

(yo no sé
cómo se va a arreglar eso; no hay sitio
para aparcar en parte alguna).

¿Dónde estábamos?
Tú te habías perdido entre la muchedumbre;
me llamabas, pero yo no te oía. Temí
perderte; que nunca más nos viéramos.
¿No es el infierno?

(Hoy le he preguntado
al cura: si me salvo sin ti ¿no es condenarme?

El pobre no ha sabido qué decirme. Callo.
No te enfades.)

Hay una larga senda ante mis ojos
y no hay otra salida que seguirla. Es como si,
de pronto, nos volviéramos criaturas automáticas,
cuyos muelles se aflojan, y se hunden exánimes.
Nuestras almas son una geometría de vértigos.

(He debido soñarlo. El pijama me apretaba,
sin duda por una mala posición de mi cuerpo.
Me dolía mucho, ¿sabes?)

Se cerraba la ruta
y un laberinto de horrores asediaba mi sueño.
Hélices velocísimas guillotinan el aire;
no me dejes

(por la mañana, cuando me despierto,
veo el libro caído junto a la mesilla de noche,
que me eslabona con el recuerdo último
do ayer. Hoy, otro día)

... pero siempre, siempre
se me alza un oscuro sollozo de tiempo coagulado,
una muerte escondida que el corazón me asedia;
no hay viaje de vuelta, todo es irreversible,
ayer no existe ya, mañana ha de nacerse
entre un lentísimo túnel de alcobas perforadas...

Me desnudo en silencio, en la rutina estúpida
con la que cada noche me entierro entre las sábanas
en el aprendizaje diario de morirme,
cuando los párpados, fatigados,
me empujan hacia adentro, hacia el no ser del sue-
[ño...

(los zapatos tienen caliente la horma de mi pie;
la camisa, el sudor de la jornada, y la corbata
es la frágil bandera que evoca mi apariencia
de hombre en la calle)

... estaba en pie, quisiera
estar en pie, como está el Dios insomne
que da cuerda al reloj del Universo,
el Dios cuya pupila no descansa en lo oscuro...

(hay que cambiar la almohada, creo
que esta almohada me da muchas pesadillas.
¿O es acaso el calor del radiador?)

... traía
de ese libro que está al pie de la cama
la imagen de galaxias fosforescentes,
de abanicos de poesía abiertos a los astros,
de campos de girasoles multiplicados por mil,
de bandadas de pájaros...

(¿ha llegado Ana Mari?
Mañana tengo que llamar por teléfono

al corrector de pruebas. Sin falta. Hay unas líneas que no se entienden bien...)

... la tramontana
de Cadaqués inclina los azules olivos,
despeinándolos; baten puertas, las pizarras
grises, junto a la mar, se abrillantan,
esplenden, rezuman, mientras el coletazo
del viento raya, erosiona las duras superficies...

(es ya muy tarde, no pienses más, durmamos)

ahora veo...

(descansa, no te agites, descansa)

ahora veo, de nuevo, los palacios furtivos,
deslizándose, sueño abajo, la innumerable
gente que me crepita en el recuerdo:
aquel niño que sollozaba un día, ¿te acuerdas?,
en la carretera que va de Nueva Delhi al Taj Mahal,
entre el negro hedor de la miseria, y la blanquísima
piel de la muchacha que ríe con un loto en el pelo.

*(despertarme es difícil: primero miro la mesilla
de noche para saber dónde estoy; a veces creo
que estoy en mi segura realidad cotidiana
y me encuentro en una extraña habitación de hotel,
y a veces me duermo y velo en una cabina
de tren, o en un gran pájaro que vuela
sobre los océanos...).*

Corazón inquietísimo,
¿sabes dónde está tu seguro horizonte? ¿Sabes
dónde vuela, en verdad, tu aplomada mentira?
He vivido, y ahí está; he escrito muchas páginas.
Nunca más volveré a vivir. ¿No podría
escribirlas de nuevo y de otro modo?

Todo es irreversible. Ayer me encuentro a
nuestra amiga (ya sabes), la estúpida del tercero,
y me volvió a humillar con su silencio.
Sí. No volveré a ocuparme de ella. ¿Me decías?

Ascender es la dulce tarea cotidiana,
pero ¿cómo? Los colmillos del hambre, la dura
geometría de las cosas, el envés de los árboles,
la tristeza terrible son tirones de noes,
garfios que agarran el alma hacia las piedras...

Y, sin embargo, me gusta despertarme todos los días
a esta pobre verdad de cada día, ¿sabes?
Habrá que empapelar de nuevo el dormitorio,
hay manchas de humedad. No creas. Sí. De colores
mezclados. Por supuesto.

Los relojes conservan el secreto del sueño.
Porque cada momento posee sesenta promesas
de pequeños, delgadísimos fantasmas adorables.
Los relojes, exactos, cazadores de auroras,
de mediodías y de crepúsculos.
Todavía
el reloj tiene algo secreto que decirme.

No, no llegaré tarde. Cuando me visto, ¿no sabes?,
pienso en mis musarañas, mientras me afeito
y se llena la bañera. Nos morimos un poco
dentro del baño, ¿no? Como si fuera
un sepulcro de prueba para ensayar la muerte.

En la calle se abren vorágines de espanto.
¿Y los relojes muertos? ¿Y los que palpitaban
en los cuerpos que ya no existen?

Mi padre
llevaba un precioso reloj de oro en el bolsillo del
[chaleco,
un reloj de tapas labradas, ¿te acuerdas?

¿Y los minutos transformados en polvo, en fango,
[en nada?
Vértigo, vértigo, vértigo, creciente vértigo.
¿Hacia dónde?

No sé por qué me acuerdo
tanto de mi padre en estos días. Le gustaría verme
así, en la edad de su muerte, viviendo todavía,
tercamente soñando los límites del tiempo.

Vértigo hacia lo hondo, ¿por qué tremendos túneles
me arrastras a la raíz donde la vida
y la muerte se confunden y se hacen hoguera?

Estoy corrigiendo pruebas de un libro antiguo mío

que reedito ahora para un tomo de «obras comple-
[tas».
¿Quién es este que escribió estas palabras?

Aventura,
camino, chorro en flor, primavera, todo, todo
ya irreversible. No hay regreso; no hay
vuelta a empezar. Irremediablemente
fluye todo en un lento e infatigable río
y ahora siento una dulce fatiga sobre los párpados.

Me he despertado antes, debe hacer mucho frío.
¿O es que se han apagado los radiadores?
¿He cambiado de casa?

Un traqueteo en la noche
me acompaña, en el duerme-vela de tantos recorridos
en los grandes aviones transatlánticos,
donde esquiamos sobre himalayas de nubes;
en las tercas navegaciones, cuando
golpea el oleaje la quilla y cruje el casco;
o en el tren que atraviesa Castilla entre la nieve...

Este dormitorio no es el mío, ni esta mi mesilla
de noche. Afuera hay un silencio terrible.
¿Cuándo llegué a este hotel?

Constelaciones,
pájaros, horizontes, criaturas, giran
en torno a mí. Muchos niños, ¿de dónde?

Estos niños juegan, bajo la sombra materna,
en las plazuelas, igual que en todas partes.
No hay geografía. Todo es uno y lo mismo.
Un balanceo de llanto y de risa
mueve el corazón en todas partes...

¿A quién me recuerda este niño? ¿Te acuerdas
de aquellos que veíamos jugar en Santa Fe de Bogotá
junto a la Quinta de Bolívar? ¿O no eran
los que cantaban, unísonos, en el zoco de Fez?

La canción de los niños es varia y universa.
Es nuestra propia vida, memoriosa, que asciende
a nuestra ya insegura madurez.

¿Te acuerdas?
Hoy hemos visto nuestras fotos infantiles.
¿O eran las de nuestros hijos?

¿Dónde
empieza y termina la dimensión del alma?
¿Cuándo los tiempos dejan de ser nuestros?

¿Soy yo, exactamente, quien escribe estas líneas?

Ayer he debido acostarme muy tarde.

Todas las mañanas resucito lentamente
del sueño que nos deja amarga la carne
abriéndonos al asombro del vivir cotidiano.

¿Qué hora es? ¿Qué día es hoy? ¿Dónde
he dormido esta noche?

Cantan las cosas
en torno mío; unos trajes me aguardan
para hacerme la estatua del hombre que camina
por las calles y saluda amablemente
a sus amigos...

Y yo estaba dormido
en la sombra del sueño.

Y yo soñaba pájaros,
nubes, jardines arbitrarios, obstinadas presencias,
repetidas en la noche inacabable de la fiebre.

Y yo tenía mucha sed esta noche;
me he levantado a beber agua tres veces.

Altas algarabías de música sonando;
eran ecos lejanos, ya tenues, de las cosas,
o transfiguraciones de vivencias perdidas:
soñamos en espejos nuestras propias verdades
y regresamos a la verdad desnuda.

(Vas a llegar tarde a la clase, hoy es miércoles,
¿no te acuerdas? Empiezas a las once...)

Pero es verdad que al traspasar la puerta
hay una orgía de árboles al frente,

unos niños que juegan, un espléndido
jardín, sí, que no había soñado...

(sino que está ahí, como siempre, ¿no te acuerdas?).

Todo es una larga, irreversible, ruta,
un tobogán que se hunde velocísimo
en una nada espeluznante y sombría.

Habrá que levantarse. Buenos días. El peso
de mis vestidos denuncia mi ayer monótono:
las monedas que suenan, la cartera, las gafas,
las llaves de la casa, y esa agenda
que ya me ha fabricado el quehacer, la jornada,
la entrevista, el recado, el teléfono, mi perfil
necesario para hoy miércoles, día tantos
de tantos de mil novecientos y tantos...

Corpúsculo en el tiempo, ¿qué sentido posees?
Interrogante absurdo, ¿de qué cenit te amparas?
Ciego en la noche, ¿cuáles son tus caminos?
Solitario entre gentes, ¿en qué brazo te apoyas?

No preguntes, ¿no has visto la hoja
de tu agenda? Todo está calculado: reloj, itinerario.
¿Cómo está usted? Ya lo ve usted, tirando...

Arrastrando un destino, unas fechas, un polen
que fecundó la vida, no te quejes,

no está mal,
la vida; has creado, has vivido, te vas
muriendo lentamente, feliz entre los tuyos,

no está mal. He tomado posesión de las cosas,
los mapas han servido de soporte a mis sueños,
he volado sobre los verdes y azules continentes,
he visto cómo risa y sollozo son lenguajes constan-
[tes...

no, no está mal...

¿Y ahora?

Tercamente
seguir con la ilusión de inventar un futuro,
como si no supiéramos que se acortan los días,
como si no fabricáramos edificios de arena,
torres de aire, pirámides de nubes...

Criatura obstinada,

fiel a ti misma aún...

Hasta que muera.

LA CASA VACIA

1

NAVEGAMOS, amor.
Y hemos dejado
nuestra casa vacía. Nuestra casa
en la sombra de pálidas ausencias.

Guarda el sillón la huella, todavía,
del cuerpo reclinado; las almohadas
conservan la tibieza de unos rostros;
y ese libro caído, la reciente
mirada que ha pasado letra a letra
en la afanosa búsqueda de un verso.

2

OTRAS ausencias hay, ya congeladas,
de los hijos que huyeron como pájaros
en busca de otros nidos.
Navegamos
ahora en este limbo incandescente
que no encuentro en ninguna geografía
a medio andar entre esperanza y muerte,
con una carga dulce de pretéritos.

3

LEJOS, plata en azur, Sierra Nevada
extiende su pañuelo. Palomea
Motril, en su blancura opalescente.
Y el viejo mar amigo cabeceando
nos da también su voz de despedida.
Navegamos. La vida es un camino.
Y la casa vacía en el silencio
aparece como una rosa impávida.

4

ESE papel doblado es una esquina
del escritorio. ¿Es una carta, ausencia
de una sombra feliz o es un poema
que no halló la clausura de una estrofa?
Allí, en el otro extremo, las perdidas
llaves de las estancias que no tienen
respiración, jadeo, sueño, fiebre
cuanto fue adolescencia en el refugio
de la sombra paterna.

Viejas llaves
que muestran sus perfiles olvidados.

La mesa del yantar, donde reúnen
las voces graves de varón junto a las
tiples de las muchachas, y el gorjeo
(la lagrimita a veces) de los niños.

La vieja servidora enraizada
al árbol, como un fruto de bondades
abnegadas, al borde discretísimo
del dolor del sufriente.

5

Navegamos.
SALTA, cabrilleando, clara espuma
sobre el fragor oscuro de la ola,
y el horizonte nuevo, en lejanía,
inventa los perfiles de una Atlántida.

6

EN tanto nuestra casa está en penumbra
cantando en el clavel de mi recuerdo,
junto al parque de pájaros que gimen
en la sonata de la larga ausencia.

7

NO hay nadie, nadie, nadie, nadie, nadie.
Acaso ahora sonará el teléfono
que nadie encontrará como respuesta
de no sé qué interrogaciones. Nadie
descolgará el auricular diciendo
«¿Diga? ¿Quién llama?»
Porque está la casa
vacía en el hondón de su silencio.

8

LOS libros se encarnizan en la oscura
cerrazón absoluta de sus páginas.
Los cuadros penden su vivir ficticio.
Yacen los discos con sus voces mudas
y los espejos pierden el azogue.
Las lámparas ocultan sus reflejos
y cada objeto es una sombra inútil.

Viejas fotografías reproducen
—¿para quién?— existencias y sonrisas.
Todo es penumbra en la vacía estancia.

9

NAVEGAMOS por mapas inventados?
Ahora hiende la proa la esmeralda
confusa del Atlántico.
¡Qué lejos
del horizonte cotidiano nuestro!

¿Se acuerdan de nosotros? ¿Merecemos
que nos recuerden los que se quedaron?
¿Por qué esta ruta azul, desmelenada,
desflecando la espuma de los sueños?

10

LA casa está vacía. Navegamos.
Las cámaras desiertas se han poblado
de los fantasmas que nosotros mismos
hemos ido creando en la existencia.

Criaturas de luz y de gemido,
cada instante ha dejado un suave rastro
que apenas raya el aire del recuerdo.

Somos leves corpúsculos de sombra,
eslabones fugaces en el tiempo,
término breve de esperanzas altas,
categóricas muertes implacables.

Sabemos que, al final de la jornada,
irremediablemente, dejaremos
esta vez de verdad, y para siempre,
vacía nuestra casa.
Para siempre.

Funchal, en el Atlántico,
febrero de 1973.

INDICE

Pág.

CONCIENCIA DEL OTOÑO 9
Ventana sobre el parque 17
Rueda dentada del tiempo 19
Estoy desnudo frente al mar 21
Los bosques del otoño 23
El poeta ha cumplido sesenta años 25
Siempre, todavía 27
En una exposición de Manuel Viola 29
Canto de muerte en Leningrado 31
CANTATA PARA DOS VOCES 35
LA CASA VACIA 49

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

OBRA POETICA

«Primer Cuaderno de Sonetos» (1942).
«Las elegías de Granada» (1945).
«Intimidad», poesía (1946).
«Vacación de Estío» (1948).
«Vencedor de mi muerte» (1953).
«Los Adioses». Segundo Cuaderno de Sonetos (1962).
«Les claus» (1965).
«Poemas de Andalucía». Tercer Cuaderno de Sonetos (1965).
«El arco bajo las estrellas» (1965).
«La soledad caminante» (1966).
«Zoo». Epigramas (1966).
«Belén Lírico para este Año Conciliar» (1966).
«América vibra en mí» (1969).
«Poemas de Oceanía» (1972).
«Las llaves» (1972).
«Poemas en el mar de Grecia» (1973).
«Entre su arranque y mi mano» (1973).
«Poemas y Canciones del Brasil» (1974).
«Conciencia del Otoño» (1975).
«Veinte sonetos para un mapa» (en prensa).

EDICIONES CONJUNTAS

«Vencedor de mi muerte» (ed. Insula, 1953).
«Poesía Junta, 1941-1966» (ed. Losada, Buenos Aires, 1967).
«Poesía en Treinta Años» (ed. Plaza y Janés, 1972).

ARBOLE

Colección de libros de Poesía

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

	Ptas.
Suscriptor de número a tres ejemplares sucesivos	225,—
Suscriptor especial a tres ejemplares sucesivos	400,—
Suscriptor protector a tres ejemplares sucesivos	2.000,—
Precio del ejemplar en librerías	100,—

Director

LUIS LOPEZ ANGLADA

Apartado 394

MADRID

PROTECTORES DE ARBOLE

José María Jove
Conrado Blanco Plaza
E. Guitiérrez Albelo
Hugo Lindo
Delegación Nacional de Cultura del Movimiento

SUSCRIPTORES ESPECIALES

Angel García López
Carmen Bravo Villasante
Jacinto López Gorgé
Demetrio Castro Villacañas
Justo Guedeja Marrón
Francisco Pérez Llorente
Rafael Muñoz Llorente
Manuel Alvarez Ortega
Manuel García-Corral
José Javier Murillo
Ramón Vázquez Orellana
Miguel Fernández
Juan Martínez Bayó
Antonio Pereira
José María de Cossío
Francisco Vallecillo
Manuel R. Amezcua

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
«CONCIENCIA DEL OTOÑO», DE GUILLER-
MO DÍAZ-PLAJA, DE LA COLECCIÓN
«ARBOLE», EN EL MES DE
MAYO DE 1975, EN LOS
TALLERES DE GRA-
FINTER, EN
MADRID

N.° 5.—**Manuel Alvarez Ortega:** OFICIO DE LOS DIAS.
N.° 6.—**Luis López Anglada:** EN LOS BRAZOS DEL MAR. Premio de Literatura «Ceuta» 1968.
N.° 7.—**Antonio Pereira:** CANCIONERO DE SAGRES.
N.° 8.—**José García Nieto:** LOS TRES POEMAS MAYORES.
N.° 9.—**Vicente Marrero:** LAS HORAS ENCONTRADAS.
N.° 10.—**Francisco Garfias:** LA DUDA. Premio Nacional de Literatura 1971.
N.° 11.—**Luis López Anglada:** ANTOLOGIA DE LOS POETAS GADITANOS DEL SIGLO XX.
N.° 12.—**Juan Carlos Mimbrera:** LA ESCALERA.
N.° 13.—**Sagrario Torres:** ESTA ESPINA DORSAL ESTREMECIDA.
N.° 14.—**Angel García López:** ELEGIA EN ASTAROTH. Premio Nacional de Literatura.
N.° 15.—**Clara Janés:** LIMITE HUMANO (Con ilustraciones de Francisco Lozano).
N.° 16.—**Jesús Acacio:** CANCIONERO DE LA SAGRA.
N.° 17.—**José Luis Prado Nogueira:** ORATORIO y MISERERE. Premio Nacional de Literatura 1961.
N.° 18.—**Ana María Fagundo:** CONFIGURADO TIEMPO.
N.° 19.—**Miguel Fernández:** MONODIA.
N.° 20.—**José Ledesma Criado:** CEREMONIAL.
N.° 21.—**Guillermo Díaz-Plaja** (De la R. Academia Española): CONCIENCIA DEL OTOÑO.

Próximamente:

N.° 22.—**Renato Yrarrazábal:** DESPIERTO EN EL SUEÑO.

Libros sucesivos de:

Demetrio Castro Villacañas, Gerardo Diego, Rafael Montesinos, Antonio Murciano, Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, etc.

100 ptas.

ARBOLE
EDITORIAL ORIENS
MADRID